

cuerdo con nosotros, y aprendemos a presentarles el contenido de la fe católica de un modo positivo y amable, tendremos alguna posibilidad de persuadirles» (p. 226).

Juan Alonso

Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El quehacer de la teología. Génesis, estructura, misión*, Sígueme, Salamanca 2008, 766 pp., ISBN 978-84-3011-685-0.

A las voluminosas obras publicadas por el A. en los últimos años (baste recordar, entre otras, *La entraña del cristianismo*, de 1997, con casi mil páginas, o los dos volúmenes de *Fundamentos de cristología*, aparecidos en 2005-6 que conjuntamente comprenden más de 2000 páginas) se une el presente volumen, de extensión también notable, publicado por Sígueme en una edición muy cuidada.

En esta ocasión, González de Cardedal se ocupa de la teología como tal, en cuyo ámbito incluye —mediante el término *quehacer*— tanto su «hacerse», en el que tiene un papel fundamental el teólogo, como la misión que la misma teología está llamada a desempeñar.

La obra se mueve entre el tratado sistemático, incluso entre una introducción a la teología (como lo muestra el capítulo 1: «*La palabra y la idea*»), y una «fundamentación, a la vez que una invitación a su estudio, exponiendo cuál ha sido su génesis y su ejercicio, su técnica y su alma a lo largo de su historia». Me sirvo de esta distinción —que no es atribuible al A.— entre *introducción* y *fundamentación* porque me parece fecunda para hacerse una idea de los destinatarios de esta obra.

Una introducción exige atenerse disciplinadamente al aprendizaje de mente

y de corazón del lector que progresa en su itinerario personal. La fundamentación en cambio libera al autor de la servidumbre del orden, progreso, claridad y plenitud que son propias de la anterior, y le permiten elegir los temas y los autores, poner acentos en uno u otro aspecto de lo que se analiza, ofrecer consideraciones personales. Si una introducción demanda el ejercicio a la vez de la sabiduría y de la pedagogía, la fundamentación permite el despliegue de la creatividad y de la exposición erudita.

Si se tiene en cuenta lo anterior se puede entender mejor la naturaleza de la obra que comentamos. Aunque los títulos de algunos de sus capítulos revistan la forma propia de una introducción (por ejemplo el I, el V: «*El conocimiento teológico: objeto y método*»; o el VIII: «*El lenguaje y el sistema de la teología*»), el tratamiento está siempre a un nivel superior, abordando cuestiones elegidas por el autor y desarrollándolas según una idea personal. La misma estructura de la obra muestra una gran variedad de acercamientos a cuestiones relacionadas con la teología. Es éste un valor indudable de la obra. González de Cardedal tiene suficientemente acreditada la capacidad de plantear de manera original aspectos que de una forma u otra tienen que ver con lo que trata. Una simple ojeada al índice desarrollado del volumen es suficiente para confirmarlo.

Veamos solamente un ejemplo. En el capítulo IV aborda la cuestión de «los lugares teológicos», usando deliberadamente una terminología clásica a la que va a dar una respuesta moderna. Comienza ampliando la cuestión al referirse en primer lugar al «lugar de la teología», y a partir de ahí a los lugares teológicos. Los términos y conceptos utilizados en ese lugar son «emplazamiento y misión»,

«lugar exterior, lugar interior, lugar interno», «matriz y nacimiento de la teología», etc; es decir, un desarrollo nada convencional del tema de los lugares teológicos. De esa forma, el lector encuentra páginas brillantes, de prosa cuidada, con imágenes que amplían la comprensión de temas más allá de una exposición académica o habitual. El A. tiene el arte de hacer vibrar a las palabras y de despertar en el lector interés y aprobación, a pesar del lenguaje sentencioso que con frecuencia envuelve sus afirmaciones.

Junto a ese mérito, creo sin embargo que ese tipo de discurso tiene también un riesgo. En una obra tan extensa, la multiplicación de imágenes y símbolos puede acabar produciendo un cierto cansancio. Y es que la originalidad en la expresión, el cuidado de la retórica y el mismo dato erudito, si se administran en grandes dosis, tienen el efecto indirecto de devaluar en alguna medida el rigor de un discurso teológico. Y cuando se multiplican las páginas, la acumulación de imágenes, neologismos y citas en un autor con oficio y gusto por ello resulta casi inevitable. Una mayor concentración y síntesis quizás ayudaría a evitar esta impresión, así como, de paso, la repetición de ideas y consideraciones. Quizás todo esto se deba a la impresión que tiene el lector de que el volumen tiene su origen remoto en escritos diversos del autor.

Por lo demás, el mismo autor da, indirectamente, una clave para la lectura de su obra. *Indirectamente* porque lo enuncia para juzgar —en una extraña selección de autores en el apartado VIII.3.6— el trabajo teológico de A. Torres Queiruga (que ha respondido en «Iglesia viva» a las observaciones hechas aquí por González de Cardedal). Escribe nuestro autor: «Todo intento de comprender una obra debe comenzar por

descubrir las intuiciones, rechazos o deseos fundamentales que animan el pensamiento del autor» (p. 472) ¿Cuáles son las intenciones, rechazos y deseos fundamentales de la obra que comentamos? No creo, honradamente, estar en condiciones de dar una respuesta a esos tres elementos —especialmente a los rechazos y deseos fundamentales— que lindan de forma casi inevitable con lo subjetivo. Me atrevo a afirmar que el autor ha pretendido ofrecer un discurso que mantenga vivas y actuantes las referencias —lo diré en la forma triádica a la que él mismo recurre tan abundantemente— con la Iglesia, con la cultura y con el hombre.

En una obra de estas características, la bibliografía desempeña un papel en cierto modo secundario. Las referencias a otros autores tienen sobre todo una función confirmativa, ilustrativa o estética de las posiciones personales. Sorprende la atención prestada a autores extranjeros y a obras que no siempre son especialmente relevantes para la teología del s. XX, y al mismo tiempo la comparativamente escasa presencia de trabajos de autores españoles. Hay bastantes más publicaciones españolas de interés de las que aparecen en este volumen, y hubiera sido un punto a su favor que el A. hubiera dejado constancia de ellas. Para el lector, en todo caso, resultan de mucha más utilidad que las otras, aunque sólo sea porque son más accesibles.

César Izquierdo

Adolfo GONZÁLEZ MONTES, *Imagen de Iglesia. Eclesiología en perspectiva ecuménica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2008, 768 pp., 20 x 13, ISBN 978-84-7914-934.

Mons. González Montes, Obispo de Almería, es el actual Presidente de la Comisión Episcopal de Relaciones Inter-